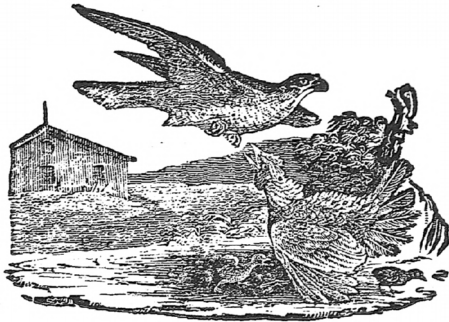


retirareis; y aquella noche no dormirás, y á la mañana siguiente vendrá el page del relator con una providencia que no entenderás y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y este no se conformará, y *apelará* á la otra sala, y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella, digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin tu riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han transformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traidas, firmas, notas, entregas, propinas, y papel sellado*; pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no ecsiste; y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender á leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo perdieras, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu ecsistencia.

Perdona, caro lector, si la agitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como

litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿qué no le tienes? (me dices) ; tanto mejor! ; Dichoso tú que te habrás fastidiado con la la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: ; *Beatus ille qui procul negotiis!*



La almoneda.

«Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
Góngora.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mención *don Policarpo de la Transfiguración Omnibus de los Santos*, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperación del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios renegó del latín y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su es-

pada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores; por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel extremo de felicidad á que siempre habia aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado como lo estaba toda su vida á una ocupacion continúa, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural

triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este, y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo; ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de san Anton hasta la de Carretas, desde Afligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario, ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas, ó tendrá en la pila al recién nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá á la del que cayó, y consolará á la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, él que-

dará nombrado síndico, si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió casualmente enfrente de su casa: ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapies*; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas* y *coloridos*; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos, ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex*

cátedra; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre, si no quieren pasar incógnitos ó criticados; porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores que si él dice: —“¿Fulano, el médico? ¡ valiente majadero! ¡ fue la causa de la muerte de un amigo mio!” — todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la *Gaceta*; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

El, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto, que dias pasados habiendo subido á la torre de santa Cruz, me pareció desde allí que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguía

como una aparicion fantástica, inevitable, impasible, semejante á una obstinada pesadilla ó al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que segun mi opinion ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran no dudaria en asegurar que los mas de los lectores darian de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan al Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio, y era para servir á ustedes que aquella mañana (una mañana, la que ustedes gusten) caminando vieuto en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su página tercera con el anun-

cio de una *almoneda*... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa adonde sin disfraz de ninguna especie se dice: "Aqui todo se reduce á maravedís."

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenia que comprar; mas sin embargo, ¿quién resiste á la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse alli? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad, asi que no dejo pasar una ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi calor, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaria nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo me hice

por lo que yo creía poco dinero con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que faltaban; y sin reparar que no me cabían en toda la casa, compré unos almarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion: — “Caballero, ¿lle-va usted eso ú no?” — Con lo cual temiendo vér-melo arrebatár de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvia hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar música á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y... estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quién dirán ustedes que vi? pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus*, en persona... ¡Si era preciso...! Allí estaba tambien él.

— ¿Qué traes por aqui, señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean á todo el mundo). — No traigo, sino

llevo, señor don Policarpo. — Veamos qué. — Y me sujetó á un escrupuloso ecsamen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó á encajar la historia de aquella casa, y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia á virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos. — Era muy amigo mio, añadió, y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aqui para averiguar una dudilla... — y al decir esto todo se le volvia entreabrir las cortinillas de la alcaoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él... — A tus pies, Mariquita. — Hola, perillan, ¿tú por aqui...? — ¿Y tambien el condecito...? vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él). — Mira, Curioso, tú que todo lo cuentas, ¿ves aquella pareja ecsigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la iz-

quierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince días, que estan poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recién marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose á leer en ellos algun antojo para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos cómo hojea ese libro para que creamos que entiende el griego, pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y de *Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de oro? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí... — Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando á un gabinetito cerrado miró por la ventana, y apartándome un poco me dijo al oido. — Aqui está mi dudilla... — Dió dos golpecitos á la puerta... — ¿Quién va...? — Señora, á los pies de usted. ¿Da usted per-

miso para que veamos la habitacion? — No hay inconveniente. — Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heroica y magnífico continente. — ¡Oh Fulanita! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿cómo? ¿pues no ha acompañado usted á su esposo á su nuevo destino? — Y me apretaba el brazo y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la señora. — No señor... hay tantas cosas que arreglar... ¡y luego los caminos estan tan malos para las damas...! — Y sobre todo si las damas son del talle de usted no extraño yo que acudirán al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda. — Usted siempre de tan buen humor. — Y usted siempre de tan bella cara...—

A decir la verdad yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silbar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de alli á pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría... Aquel hombre era otro enteramente... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio. — Y no te admires de esto (me decia), me quedo con el cuarto, me quedo con los mue-

bles, y en cuanto á la señora... porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó en Goatemala y... — ¿Con que es decir que se queda usted con la dama tambien? ¿y dígame usted, en esa adquisicion ha tenido usted presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda? — Anda, socarron, me replicó don Policarpo entre mohino y risueño... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los míos; en cuanto á los demas, señores (añadió alzando la voz), escusan ustedes de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo *estudio*, que era el mismo gabinete del dia anterior: como tiene confianza conmigo me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas en la casa nada se habia mudado, si no era un retrato en el tocador de la señora, y un original en su corazon.



De doce à una.

I.

« Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu,
ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu. »

Regnard.

*Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.*

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas del Potosí desaguaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa*; ahora tenemos *Bolsa*, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido á necesitar dos y gastar cuatro (porque habia estos cuatro); en el dia por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos. Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo si perdimos nuestra

superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos también *caja de amortización*, donde todo se amortiza, capital é intereses: tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, resíduos, cupones, acciones, dividendos, y billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio* en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demás lances que constituyen el entretenido *juego de fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigia desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedia sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibia los ingeniosos artefactos de Manila ó el cacao de Caracas, ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras,

y cambio de fondos en las diversas plazas mercantiles.

En el dia tal clase de negocios solo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*, y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interes de doce ó quince por cierto al año podria lisonjear á un atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, "no todo lo que reluce es oro," y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres en sus proyectos de ambicion acostumbran generalmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante que fija la imaginacion en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad

de las familias, que ponen en continuo peligro á los gobiernos y á las naciones; los hombres del dia no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinacion, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio, y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraria la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la esperiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interes, cierran las suyas la filosofia y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexion. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.



II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, habia llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputacion honrosa, y en posesion de la inmensa fortuna que le habian proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de legar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginacion en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios; y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disentia notablemente, y prometia imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que asi se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho, y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto

punto un écsito seguro, aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interes y su inteligencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía eran por él mirados con la misma atencion, con igual celo que aquellos de primer orden. La esactitud de sus libros de caja podia servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la minuciosidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado, segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamas habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme

y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales extranjeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia gran *financiero*; tenia una selecta librería, gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándola aquel estilo que habia observado en varias extranjeras, y que él llamaba *sabor europeo*. Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, las inmemoriales correspondientes de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugeria su ecsaltada imaginacion.

Desdeñando como era de esperar los negocios comunes, vió en las operaciones hursátiles el ancho campo adonde podria sacar los grandes recursos de su fantasía. Era precisamente la época en que recién establecida la Bolsa de Madrid se convertian á ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada dia servian de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas

en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Roschild*; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su experimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le eshortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era asi en efecto la verdad; lisonjeado por la pérvida fortuna, que cual muger coqueta, se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza ó la baja de

los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian á medida de su necesidad y de su deseo; si compraba *al contado*, luego inmediatamente subia el papel; si vendia *á plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna, y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera, y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si va á decir la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado dia y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de

los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo; cuando la caprichosa fortuna dando la vuelta á su rueda dijo á su protegido: "hasta aqui llegarás;" cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de su caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que mecido hasta alli apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasía?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables, y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades; hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo,

desapareció de su casa y de su país, corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos miraron su caída con alegría; los demás hombres se complacieron con ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso como si tal no hubiese acontecido, y si alguna vez la imaginación les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla á imprudencias y ligerezas de que todos se creían siempre dispensados.

III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median *de doce á una* se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué agitación, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna...! Ved al magnífico comerciante, á aquel que preside y gobierna á un centenar de

dependientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitacion, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observad al prosáico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejád paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... alli nada se paga á la entrada; ¡lo que se paga es la salida...! Un elegante salon cerrado de cristales, y circundado por una galería, sirve de escena á aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones...; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Lóndres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena; como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estátuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, estan alli en buena compañía y de toda eti-

queta como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salon, y dentro de una elegante tribuna circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el *estrado* se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta espresion: "*Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interes... al cinco y tres octavos por ciento, á sesenta dias ó voluntad del comprador...*;" y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender. Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aqui para alli proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos permanecen inmóviles escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan so-

bre las probabilidades de *alza* y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera y de las *grisetas* de París. La mas agitada espresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado á otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oido del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá...

— ¿Medio millon de cuartos al $20\frac{1}{2}$ á sesenta dias? — No. — ¿*Prima* de uno? — Vaya. — ¿Dos millones al 5 al contado? — Los tomaré si hay plazo. — ¿Firma segura? — La de... — (Aqui un fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse mas.)

— Señor agente, aqui tengo esos 2000 reales del 5. — Pues; todos á vender... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero... — Eh... — Allá voy. — Palabra: ¿puede usted proporcionarme *un pico* de 2000 reales al 5? — Dificil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde usted un momento. — Eh,

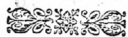
caballerito, ¿á cómo daba usted su papel? — Al precio corriente, al 20. — Imposible. — Vaya al 19 $\frac{3}{4}$. — ¿Acomoda al medio? — Sea. — (Y la voz pública pregona:) *Se han hecho un millon de reales títulos del 5 por ciento al 20 $\frac{1}{2}$ al contado.* — ¿Lo ve usted? ¿no lo decia yo? — Ya, pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de usted es un pico y... —

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar, y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternick ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va accrcándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es

inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes. Uno entre ellos, agitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar á las estátuas lo que debe hacer... ¡miserable, detente, la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolucio...! El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar... — ¿Con que toma usted ó no esos dos millones? — Hombre... — Pronto, que tengo ya comprador. — ¿Qué hora es? — Mire usted, un minuto falta nada mas. — Pero... — Que va á cerrarse, que da la hora... — Venga acá. — Enhorabuena. — *Se han hecho, dos millones de reales, títulos del 5 al 21 por ciento al contado.* = LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue... *Concluye la negociacion de fondos públicos, y continúan las demas operaciones comerciales.*

No bien dice estas palabras todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, solo encontraria en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber: la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio*, y el *anunciador* del crédito nacional.



El coche Simon.



I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas ó Don Quijote.

Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de ce,
ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;

Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.

Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
que vino de no sé dónde
á pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces,
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.

Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender
como pretender en coche.

Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Lóndres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;

A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recién nacido coche.

Sacóle el marqués de pila,

luego sus armas le pone,
 campo de plata y dos zorras
 trepantes á un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
 por las calles de la corte
 salió á lucir y ostentar
 su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, á cuántas envidias,
 á qué ingratos sinsabores
 dió lugar la tal carroza
 en nuestro Prado de entonces!

¿Quién dirá las aventuras,
 las intrigas, los honores
 que valieron al marqués
 estos cuatro tablejones?

Por ellos venció á las diosas,
 por ellos mandó á los hombres,
 por ellos adquirió gota,
 ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
 y entre estolas y blandones
 le llevaron á enterrar,
 y pasó al concurso el coche.

II.

*En virtud de providencia
 del señor don Juan Quirós,*

*de esta coronada villa
teniente corregidor;*

*En los autos del concurso
del marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos*

*El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor*

*Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,*

*Se le endone y adjudique
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.*

*Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.*

*Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron*

*Que en las campañas de Venus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,*

de las mugeres patron.

Dedicaba por entonces
su secsagenario amor
á una viuda de cuarenta

doña Mencía Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.

¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor

Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volumen tan atroz?

No sabré decir el cómo,
pero ello se celebró
cuadruple alianza entre aquellas,
la señora y el señor.

Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encajonados
en íntima relacion,

Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo
ó en su concha el caracol.

La muerte, que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,

y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el amor.

— ¡Jesus! qué estraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregías
y ponga el santo cordon,
el báculo y el capelo,
y la cruz del Redentor. —

Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.

Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.

¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.

Una novena á san Gil,
y luego á tomar el sol

al paseo de la ronda
ó al camino de Alcorcon;
O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.

¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.

Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.

De palacio al ministerio,
desde el consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la ecsistencia
el progreso bienhechor?

¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion
sino llegar mas aprisa
al término del favor?

Que mucho brillas, me dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de estado
reservados á los dos.

Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.

¡Ay cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?

Pues mírala cuál creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del día
su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano,
que á su lumbré se ensalzó,
cuál vacila, y tiembla, y cae
de la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon.

Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,

y en pago á tus demasías

y ridícula ambicion,

Riéndose á un pueblo entero

por escarnio te entregó,

para que puedas decir

en sentida exclamacion:

¡Aprended, coches, de mí,

lo que va de ayer á hoy!

III.

De un anchuroso corral

sobre la menguada puerta

que asienta en el interior

de una sucia callejuela,

En letras greco-romanas

y ortografía caldea,

dice "*Aquí se alquilan coches*"

una envejecida muestra.

Yacen en el interior,

sin guardas y á la inclemencia,

cien carrozas que otro tiempo

ornaron la corte regia.

Y ora tristes, abatidas

por el tiempo y la miseria,

en un lupanar de coches

lloran su pública afrenta.

Míranse en él confundidos,